

LOS BIENES COMUNES DEL CONOCIMIENTO

DE LA TEORÍA A LA PRÁCTICA

CHARLOTTE HESS Y
ELINOR OSTROM (EDS.)

TRADUCCIÓN:
PABLO CARBAJOSA PÉREZ
DANIEL ESCRIBANO RIERA
ÀNGEL FERRERO
FELIPE OROBÓN
CORINA TULBURE

prácticas cōnstituyentes



INSTITUTO DE ALTOS ESTUDIOS NACIONALES
LA UNIVERSIDAD DE POSGRADO DEL ESTADO

traficantes de sueños

II

EL ASCENSO DEL PARADIGMA DE LOS BIENES COMUNES

David Bollier

CUANDO INTRODUJO SUS TEORÍAS económicas, a la sazón innovadoras, a John Maynard Keynes no le importaban los méritos de sus nuevas ideas. Lo que le preocupaba era la alargada sombra del pasado. «Las ideas aquí tan trabajosamente expresadas son extremadamente simples y deberían resultar obvias», escribió. «La dificultad no reside en las nuevas ideas, sino en escapar de las viejas, que, para aquellos que han sido educados como la mayoría de nosotros, se extienden hasta cada rincón de nuestras mentes»¹.

Lo mismo ocurre con los bienes comunes y estos no son, en sí mismos, un marco de análisis tan complicado. En realidad, se trata de un concepto bastante simple y obvio, pero como nuestra cultura está impregnada de un relato económico estándar sobre «cómo funcionan las cosas», la idea de los bienes comunes a menudo parece exótica. Al fin y al cabo, la cultura política estadounidense es una ardiente defensora del *libre mercado*. Rinde tributo al individuo heroico, al hombre hecho a sí mismo, no a la comunidad. Acaso porque la Guerra Fría se libró contra el comunismo y contra su primo el socialismo, los estadounidenses tienden a considerar los regímenes de gestión colectiva como moralmente problemáticos y destructores de la libertad, al menos en teoría.

Debido a esta herencia cultural, puede resultar un reto extraordinario explicar que los bienes comunes están más presentes de lo que somos conscientes y que pueden ser instrumentos altamente efectivos para el crecimiento económico y la riqueza social. Es precisamente eso lo que este libro se propone demostrar y explicar. Un modelo de bienes comunes ya funciona en los sistemas sociales de comunicación académica, en el trabajo de las bibliotecas de investigación, en tanto que recopilan y comparten, y en el modo en que las comunidades científicas producen y difunden sus investigaciones. Un modelo de bienes comunes funciona en el nuevo EconPort, que gestiona una extensa bibliografía económica para su comunidad de usuarios, y en

¹ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, 1936, reedición en Prometheus Books, 1997, prefacio, p. VIII [ed. cast.: *Teoría general del empleo, el interés y el dinero*, México DF, Fondo de Cultura Económica, 2003].

Conservation Commons, que está construyendo un «dominio público global» de bibliografía sobre el medio ambiente y su preservación.

Considerando su historia, aplicar el término *bienes comunes* a dichos esfuerzos intelectuales e inmateriales puede resultar extraño a algunos. Los bienes comunes se asocian tradicionalmente a parcelas de tierra y a la supuesta tragedia resultante de su sobreexplotación por parásitos [*free riders*]. Pero como Hess y Ostrom aclaran en el capítulo 1, existen diferencias significativas entre recursos naturales comunes como la tierra, finitos y «rivales» (muchos quiere utilizarlos con exclusión de otros), y bienes comunes inagotables y no competitivos, como la información y el trabajo creativo.

Sin embargo, lo que hace que el término *bienes comunes* sea útil es su capacidad para ayudarnos a identificar problemas que afectan a ambos tipos de bienes comunes (por ejemplo, congestión, sobreexplotación, contaminación, falta de equidad u otras formas de degradación) y proponer alternativas efectivas (por ejemplo, normas sociales, derechos de propiedad y estructuras de gestión adecuadas). Hablar de bienes comunes supone asumir un privilegiado punto de vista más holístico para analizar cómo puede gestionarse mejor un recurso.

Los bienes comunes presentan demasiadas variaciones como para aprehenderlos y fijarlos en una serie de principios universales. Cada bien común tiene su dinámica distintiva, basada en sus participantes, su historia, sus valores culturales, la naturaleza del recurso, etc. No obstante, existen algunos aspectos recurrentes en bienes comunes distintos. Un objetivo clave de este capítulo es mostrar los diferentes tipos de bienes comunes que funcionan en la vida estadounidense actual e ilustrar cómo, a pesar de diferencias significativas, encarnan ciertos principios generales.

Identificar sus semejanzas no resulta difícil. En realidad, actualmente hay en marcha una revolución silenciosa en la medida en que un número creciente de activistas, pensadores y profesionales adoptan un vocabulario basado en la idea del procomún para describir y explicar sus respectivos campos. Bibliotecarios, académicos, científicos, ecologistas, programadores de software, usuarios de Internet, investigadores de la biotecnología, investigadores del sector pesquero y muchos otros comparten una cierta insatisfacción con la narrativa estándar del mercado. Son escépticos respecto a la idea según la cual los derechos de propiedad absolutos y el intercambio mercantil son la única vía para gestionar bien un recurso, sobre todo en el contexto de Internet, en que copiar y compartir información es extremadamente fácil y barato.

Además, cada vez más gente muestra su inquietud ante la tendencia del mercado a considerarlo todo mercantizable². Hoy en día se patenta la información genética de manera rutinaria, las compañías multinacionales compran los suministros de agua y pueblos enteros se ponen a la venta en eBay. El hecho de que la teoría del mercado postule que *la riqueza se crea cuando se asignan derechos de propiedad privada y precios a los recursos* nos lleva a menudo al problema del valor real de los recursos *inalienables*. Los economistas tienden a considerar la actividad del mercado y el crecimiento como intrínsecamente buenos, cuando en realidad a menudo actúan como una fuerza erosiva de valiosos recursos no mercantiles, tales como el tiempo familiar, la vida social y los ecosistemas.

En este estado de cosas, el lenguaje de los bienes comunes sirve a un valioso objetivo. Proporciona un modelo alternativo coherente para obtener un mayor equilibrio entre preocupaciones económicas, sociales y éticas. Permite hablar de la inalienabilidad de determinados recursos y del valor de la protección de los intereses comunitarios. El paradigma de los bienes comunes llena un vacío teórico al explicar cómo puede crearse y sostenerse valor significativo fuera del sistema de mercado. No analiza prioritariamente el sistema de propiedad, de los contratos y de los mercados, sino las normas y reglas sociales y los mecanismos jurídicos que permiten a la gente compartir la propiedad y el control de los recursos. La matriz para evaluar el bien público no es un estrecho índice económico como el producto interior bruto o la cuenta de resultados de una empresa, sino que considera una serie más rica de criterios, cualitativos y humanísticos, que no resultan fáciles de medir, como, entre otros, la legitimidad moral, el consenso y la justicia sociales, la transparencia en el proceso de toma de decisiones y la sostenibilidad ecológica.

La difusión del discurso en torno a los bienes comunes durante los últimos años ha provocado un efecto doble: la *identificación* de nuevos bienes comunes y, al proporcionar un nuevo discurso público, la contribución a su *desarrollo* al hacer que la gente los vea como tales.

En este sentido, los bienes comunes son una nueva (es decir, reconocida recientemente) forma cultural que se abre frente a nosotros. El discurso de los bienes comunes es al mismo tiempo descriptivo, constitutivo y expresivo. Es descriptivo porque identifica modelos de gobernanza comunitaria que, de lo contrario, pasarían desapercibidos. Es constitutivo porque, al proporcionarnos un nuevo lenguaje, nos ayuda a construir nuevas comunidades basadas en los principios del procomún. Y es expresivo porque el lenguaje del procomún es una vía para que la gente reivindique un vínculo personal a una miríada de recursos y a la solidaridad social mutua.

² Véase, por ejemplo, James Ridgeway, *It's All for Sale: The Control of Global Resources*, Durham (NC), Duke University Press, 2004.

De modo que el crecimiento del discurso del procomún es una vía por la que la gente se afana en desarrollar «mapas mentales» culturalmente más satisfactorios para nuestro tiempo. Aun cuando las tecnologías digitales han modificado radicalmente nuestra economía y nuestra cultura, nuestros mapas mentales todavía tienden a representar el paisaje de la era de la imprenta anterior a Internet. Por ejemplo, los trabajos de creación y la información solían presentarse en soportes físicos (papel, vinilo, film), que implicaban toda una serie de prácticas sociales y relaciones mercantiles que actualmente están siendo cuestionadas por las redes digitales. Mucha gente ve en los bienes comunes un patrón útil para darle sentido a las nuevas dinámicas sociales y de mercado, que impulsan tanta creatividad y creación de conocimiento.

También se apela a los bienes comunes para afirmar determinadas reivindicaciones políticas. Referirse al espectro radioeléctrico, a Internet, a la naturaleza virgen y a la bibliografía científica como bienes comunes es decir que, en efecto, esos recursos pertenecen al pueblo estadounidense (o a distintas comunidades de intereses) y que, por lo tanto, éste debe tener la autoridad legal para controlar esos recursos. Hablar de bienes comunes equivale a decir que los ciudadanos (o las comunidades de usuarios) son los principales actores interesados e involucrados en los mismos, por encima de los inversores, y que esos intereses comunitarios no están en venta inevitablemente.

El crecimiento del discurso del procomún es, fundamentalmente, un fenómeno cultural que presenta muchas similitudes con el moderno movimiento ecologista. El profesor de Derecho de la Universidad de Duke James Boyle ha comparado nuestra actual confusión al hablar de cultura digital con la década de 1950, cuando la sociedad estadounidense no poseía un relato compartido y dominante para entender que los productos químicos sintéticos, la mengua de la población de pájaros y la polución de las aguas podían estar conceptualmente relacionadas. Poca gente había establecido todavía *conexiones intelectuales* entre esos fenómenos aislados³. Aún no se había realizado o publicado ningún análisis que pudiera explicar cómo desaparecían los pájaros e incluso cómo grupos de intereses contrapuestos como ornitólogos y cazadores podían realmente tener intereses políticos comunes.

El logro fundamental de Rachel Carson, Aldo Leopold y otros ecologistas precursores, expone Boyle, fue la popularización de una crítica convincente que forjó una nueva comprensión pública de la catástrofe ecológica en ciernes. En un sentido muy real, el auge del ecologismo como movimiento político y cultural fue posible gracias a un nuevo lenguaje,

³ James Boyle, «A Politics of Intellectual Property: Environmentalism for the Net?», *Duke Law Journal*, vol. 47, 1997, pp. 87-116.

que nos permitió ver las diversas agresiones a la naturaleza de un modo más unitario, lo cual pudo presentarse a la opinión pública bajo el concepto de *medioambiente*. Con el paso del tiempo, esta plataforma cultural dio origen a un heterogéneo movimiento social que se extiende desde la desobediencia civil de Greenpeace hasta la defensa desde criterios mercantilistas del centrista Environmental Defense Fund o el enfoque conservacionista de la Audubon Society.

Los «bienes comunes de la información» pueden desempeñar un papel similar en nuestros días. Pueden ayudarnos a nombrar y organizar mentalmente una serie de fenómenos novedosos, aparentemente inconexos, pero que todavía se considera que se hallan relacionados entre sí o con la salud de nuestro sistema democrático.

No obstante, a diferencia de los productos químicos tóxicos, los abusos de los bienes comunes de la información no redundan, por lo general, en muertes ni lesiones. Ello impone una carga mayor sobre el lenguaje dados los riesgos a los que actualmente se enfrentan la expresión creativa, los flujos de información y los «espacios en blanco» experimentales en nuestra cultura. Discursivamente, la idea de lo común puede ayudarnos a empezar a articular esas preocupaciones y a proporcionarnos un lenguaje público propio para hablar de la política sobre la creatividad y el conocimiento.

Construir la argumentación en pro de los bienes comunes puede no ser suficiente para convencer a los escépticos, evidentemente. Ésa fue la intuición de Keynes. La cabal comprensión de los bienes comunes exige que, en primer lugar, escapemos de las (preconcebidas) categorías de pensamiento predominantes. Debemos estar dispuestos a lidiar otra vez con las realidades de base y «atar cabos» entre diversos ejemplos específicos. Con ese espíritu, las siguientes páginas aportan una ligera visión general de los bienes comunes más destacados establecidos por distintas disciplinas y comunidades varias.

Los bienes comunes como nuevo lenguaje

La bibliografía académica sobre los bienes comunes ha crecido sin cesar desde principios de la década de 1990, especialmente desde la publicación de la emblemática obra de Elinor Ostrom *Governing the Commons*⁴. Gran parte de estos trabajos han sido fomentados por centros académicos como el Workshop in Political Theory and Policy Analysis de la Universidad de

⁴ Elinor Ostrom, *Governing the Commons: The Evolution of Institutions for Collective Action*, Cambridge, Cambridge University Press, 1990 [ed. cast.: El gobierno de los bienes comunes, FCE, México DF, 2011].

Indiana, con su excepcional biblioteca sobre bienes comunes, así como por la Digital Library on the Commons y los archivos de la International Association for the Study of Common Property (IASCP).

En los últimos años, diversas entidades ciudadanas y asociaciones profesionales han mostrado gran interés por el procomún. Académicos, profesionales de ámbitos diversos, expertos en políticas públicas y activistas han iniciado nuevos diálogos en torno a los bienes comunes, que a su vez han avivado el interés por el tema y han popularizado el discurso de lo común.

Entre los primeros en adoptar el lenguaje del procomún, los ecologistas y conservacionistas que luchan contra la incesante expansión de la actividad mercantil han sido los más entusiastas. Libros como *The Global Commons: An Introduction*, de Susan J. Buck⁵; *Whose Common Future? Reclaiming the Commons*, de la revista *The Ecologist*⁶; o *Who Owns the Sky? Our Common Assets and the Future of Capitalism*, de Peter Barnes⁷, han contribuido a popularizar la idea de que determinados recursos naturales compartidos deberían considerarse bienes comunes y gestionarse en consecuencia. Cada vez más, la atmósfera, los océanos, la pesca, las aguas subterráneas y otros suministros acuíferos, los espacios naturales vírgenes y los espacios abiertos locales y las playas se consideran bienes comunes, como recursos en los que todo el mundo tiene un interés moral si no legal y que, por lo tanto, deberían gestionarse en beneficio de todos.

La aceptación por parte de los ecologistas del concepto de bienes comunes ha coincidido con un renovado interés por refutar la parábola de Garrett Hardin sobre la «tragedia de los comunes»⁸. Para combatir la gestión pública de los recursos públicos, los conservadores, partidarios del mantenimiento de los derechos de propiedad, han esgrimido el análisis y la poderosa metáfora de Hardin, según la cual es probable que los bienes comunes que no se rigen por derechos de propiedad individuales acaben en la sobreexplotación y ruina del recurso. Sin embargo, actualmente, una extensa bibliografía demuestra que, con el diseño institucional y las normas sociales adecuados, los bienes comunes gestionados socialmente pueden ser completamente sostenibles durante largos períodos de tiempo. La «tragedia» no es inevitable en modo alguno.

Ahora, una miríada de facciones del movimiento ecologista consideran los bienes comunes un marco filosófico para contextualizar y fundamentar

⁵ Susan J. Buck, *The Global Commons: An Introduction*, Washington DC, Island Press, 1998.

⁶ Revista *The Ecologist*, *Whose Common Future? Reclaiming the Commons*, Filadelfia, New Society Publishers, 1993.

⁷ Peter Barnes, *Who Owns the Sky? Our Common Assets and the Future of Capitalism*, Washington DC, Island Press, 2001.

⁸ Garrett Hardin, «The Tragedy of the Commons», *Science*, vol. 162, 13 de diciembre de 1968, pp. 1243-1248.

sus propuestas⁹. Por ejemplo, los ecologistas que luchan contra el *uso racional* [*wise use*] y los movimientos pro derechos de propiedad, especialmente en el oeste, se han referido a los bienes comunes como marco para contribuir a combatir la explotación privada y el mal uso del suelo público. Alegan que los bosques, los minerales, las praderas y el agua de los suelos públicos pertenecen al pueblo estadounidense y que no deben entregarse a los intereses económicos privados. El presidente del Sierra Club, Carl Pope, ha escrito sobre el carácter común de la naturaleza, y Public Citizen, en su campaña para impedir la privatización de los sistemas de agua potable, habla de los bienes comunes globales del agua.

Los defensores de la doctrina del fideicomiso público también apelan a los bienes comunes como apoyo filosófico para su trabajo. Conforme a esta doctrina, determinados recursos son públicos por naturaleza y no pueden ser propiedad de individuos privados ni del Estado. La doctrina, que se retrotrae al derecho romano, afirma que el Estado es un administrador de los intereses populares, no el dueño de la propiedad pública, de modo que no puede venderla ni regalarla a intereses privados. En la práctica, la doctrina del fideicomiso público constituye una herramienta legal para la preservación del acceso público a ríos, playas y demás recursos naturales de propiedad pública. Es un bastión contra el cercamiento de los bienes comunes medioambientales por parte del mercado.

Los defensores del «principio precautorio» en la legislación medioambiental también han situado su trabajo en el marco de los bienes comunes¹⁰. El principio sostiene que todo promotor de nuevos riesgos tiene el deber de adoptar medidas anticipatorias para prevenir los daños; no es ético ni efectivo en términos de costes, pagar compensaciones una vez causado el daño, tal y como prefieren hacer muchas empresas.

Lo que une a esas distintas invocaciones de los bienes comunes es su apelación a una ética social básica moralmente vinculante para todos. Declaran la importancia de normas éticas que pueden estar reconocidas legalmente o no. En la política estadounidense, la voluntad del pueblo *precede y da forma* a la ley. El sentimiento de «Nosotros, el pueblo» es la principal fuente de autoridad moral y de poder, independientemente de los intereses del mercado y del Estado. Aunque la ley sea suprema, no es sinónimo de voluntad popular, siempre en lucha por expresarse y codificarse.

⁹ Esos grupos incluyen, entre otros, al Environmental Law and Policy Institute, de Georgetown, a Public Trust Alliance y a Riverkeepers.

¹⁰ La Science and Environmental Health Network es la principal defensora del principio precautorio. Con la colaboración del Tomales Bay Institute y de la Johnson Foundation, celebró un congreso entre el 13 y el 16 de mayo de 2004.

Así, los bienes comunes son siempre una tercera fuerza en la vida política, en continua lucha por expresar sus intereses por encima y en contra de los intereses del mercado y del Estado. En opinión de los partidarios de los bienes comunes, los individuos o empresas que se burlan del consenso social que compartimos son básicamente parásitos que intentan eludir la rendición de cuentas de acuerdo con las normas sociales aceptadas. Por ejemplo, cuando la industria del tabaco suprimió la información sobre los riesgos de fumar para proteger sus ingresos, estaba violando una ética social, a la sazón no plenamente reconocida por la ley. Cuando la industria del automóvil intenta que el diseño de los niveles «aceptables» de seguridad se determine por un análisis de coste/beneficio, está intentando bloquear las expectativas éticas del público de reducir los riesgos de diseño que sean previsibles.

Como sugieren estos ejemplos, los bienes comunes a menudo se ven implicados en luchas contra el mercado y el Estado en torno a las normas fundamentales de la gobernanza social, muchas de las cuales entrañan cuestiones en torno a la *alienabilidad*, esto es, ¿qué recursos debe permitir el Estado que sean tratados como propiedad privada? ¿Debería permitir la ley que las empresas controlen partes del genoma humano? ¿Debería permitirse que las compañías farmacéuticas posean recursos antibióticos de proteínas presentes en las lágrimas humanas o información genética sobre enfermedades específicas?

El discurso pro mercado afirma que es de todo punto pertinente que la ley conceda derechos privados de propiedad sobre la materia «viva». Los defensores de los bienes comunes argumentan que esos elementos recibidos de la naturaleza —semillas, información genética, fauna y flora, especies animales, la atmósfera— son la herencia común de la humanidad. Éticamente, esas cosas pertenecen a todo el mundo (hasta el punto de que deberían ser controladas por la humanidad en su conjunto) y, por lo tanto, deberían ser consideradas bienes comunes.

Ciertamente, los derechos de propiedad y los sistemas de mercado, contruidos correctamente, pueden ser vías útiles para la conservación y la reducción de la polución, pero no sustituyen al discurso de lo común. Ello es así porque el lenguaje de los mercados y la propiedad privada tiende a ver el valor de cambio y el precio, no la cosa-en-sí. La visión del mundo impregnada de discurso económico trata a los recursos naturales como esencialmente fungibles y a la escasez como remediable mediante mayores precios. La ciencia económica tiende a considerar a la naturaleza como un recurso objetivo para ser explotado y gobernado mediante las leyes de la oferta y la demanda, no como una fuerza viva y estimada con la que los seres humanos acaso deberían interactuar conforme a otros criterios.

De modo que, a pesar de que las políticas basadas en el mercado puedan ser útiles en algunos ámbitos, el sistema de mercado como un todo no está en condiciones de preservar por sí mismo la naturaleza. Como ha explicado el ensayista Wendell Berry, «sabemos lo suficiente de nuestra historia para ser conscientes de que la gente explota aquello que ha concluido que es simplemente un valor, pero que defiende aquello que ama. Para defender aquello que amamos necesitamos un lenguaje específico, porque amamos aquello que conocemos específicamente»¹¹. Los bienes comunes son una vía para afirmar este «lenguaje específico» declarando que determinados recursos naturales «no están en venta».

Tipos de bienes comunes de la información

Mientras que la mayoría de bienes comunes naturales son finitos y agotables (los bosques pueden talarse indiscriminadamente, las aguas subterráneas pueden vaciarse), los que presentamos en este libro son completamente distintos. Los bienes comunes de la ciencia y las comunicaciones académicas son, sobre todo, sociales y de información. Suelen consistir en bienes no rivales que puede utilizar y compartir mucha gente sin agotar el recurso.

En efecto, muchos bienes comunes de la información ejemplifican lo que algunos comentaristas han denominado *la cornucopia de los bienes comunes*, según la cual se crea tanto más valor cuanto más gente utiliza el recurso y se une a la comunidad social¹². El principio operativo es «cuantos más, mejor». En realidad, el valor de una red telefónica, de una bibliografía científica, de un programa de software de código abierto *incrementa* cuanto más gente participe en la empresa, un fenómeno que los economistas denominan «efectos de red».

En la medida en que Internet y las diversas tecnologías digitales se han ido extendiendo en la vida estadounidense, permitiendo nuevas y sólidas formas de comunicación y colaboración sociales, la cornucopia de los bienes comunes se ha convertido en un fenómeno generalizado. Estamos viviendo el proceso de transición de una cultura impresa basada en suministros escasos de obras prefijadas y conformes a los cánones a una cultura digital en la que la obra está en constante evolución y puede ser reproducida y distribuida fácilmente a un coste prácticamente nulo. Nuestro sistema de medios de comunicación de producción centralizada y distribución de uno

¹¹ Wendell Berry, *Life Is a Miracle: An Essay Against Modern Superstition*, Nueva York, Perseus Books, 2000, p. 40.

¹² Véase, por ejemplo, Carol M. Rose, «The Comedy of the Commons: Custom, Commerce and Inherently Public Property», capítulo 5, en C. M. Rose, *Property and Persuasion: Essays on the History, Theory, and Rhetoric of Ownership*, Boulder (CO), Westview Press, 1994.

a muchos está siendo eclipsado por una red multimedia de producción descentralizada y de distribución de muchos a muchos.

Un efecto crucial de este cambio de época es la creación de nuevas estructuras sociales online que han implicado consecuencias económicas y tecnológicas de gran envergadura. Acaso la expresión más notable de ese hecho sea el software de código abierto, un nuevo y poderoso tipo de software no propietario creado por comunidades abiertas de programadores. El ejemplo más célebre de software de código abierto es GNU/Linux, un sistema operativo que se ha convertido en el mayor rival del software propietario¹³. El sistema de producción basado en los bienes comunes que diseña y perfecciona centenares de programas de acceso libre es tan poderoso que las mayores compañías de alta tecnología están diseñando estrategias competitivas mediante plataformas abiertas. IBM y Sun Microsystems han llegado a abrir los códigos de docenas de patentes de software como estrategia para estimular la innovación tecnológica en determinados ámbitos. También están apoyando un nuevo proyecto de defensa legal, el Software Freedom Law Center, para proteger al software de código abierto de pleitos que lo bloquearían.

No sorprende que tales cambios radicales en las premisas económicas y sociales de la producción y difusión del conocimiento hayan generado nuevas y serias tensiones con la legislación sobre derechos de autor y marcas registradas, que se originó a fin de cuentas en un contexto tecnológico y económico más estático. La gran eficiencia de la «producción entre pares» —software de código abierto, páginas web cooperativas, conocimiento compartido entre pares, etcétera— está desafiando algunas premisas fundacionales de la teoría del libre mercado, al menos en la medida en que estas se apliquen al entorno interconectado y digital¹⁴. Lo que anteriormente, en la teoría del libre mercado, se consideraba como algo subsidiario o se minimizaba —el papel de los factores sociales y cívicos en la producción económica— se está convirtiendo en una poderosa variable por derecho propio.

La importancia del paradigma de los bienes comunes no dejará, por lo tanto, de aumentar en la medida en que más y más comercio, investigación académica y vida social cotidiana se desplacen a las plataformas de Internet. Los capitalistas más atrevidos ya reconocen que algunas de las oportunidades más fructíferas para la innovación residen en el aprovechamiento

¹³ Steven Weber, *The Success of Open Source Software*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2003.

¹⁴ Véase, por ejemplo, Yochai Benkler, «Coase's Penguin, or Linux and the Nature of the Firm», *Yale Law Journal*, vol. 112, 2002, pp. 369-446, accesible en <http://www.benkler.org/CoasesPenguin.html> y «Sharing Nicely: On Shareable Goods and the Emerging of Sharing as a Modality of Economic Production», *Yale Law Journal*, vol. 114, 2004, pp. 273-358, accesible en <http://benkler.org/SharingNicely.html>.

de la dinámica social de los entornos en red. De ahí la actual explosión de software para las *redes sociales* y de los nuevos esquemas para la organización y recuperación de información mediante *folksnomies* (clasificaciones por los usuarios) y metaetiquetado (*metatagging*)¹⁵. El mundo de la alta tecnología jamás había estado más interesado en normas sociales y estructuras cooperativas como la base para el diseño tecnológico. Eso significa, en efecto, que el diseño de la gobernanza de los bienes comunes online es una cuestión que preocupa cada vez más.

Lejos de ser una mera obsesión de los expertos en tecnología, el gran público está aceptando una nueva red de «medios de comunicación participativos». También aquí el paradigma de los bienes comunes puede contribuir a aclarar qué es lo que está en marcha. Los «web logs» o blogs fueron una de las primeras grandes expresiones de los medios de comunicación participativos, pero actualmente brota una miríada de continuas innovaciones para fortalecer las comunicaciones directas e individuales. Esas innovaciones incluyen los *sindication feeds* de artículos de blogs, la redifusión de música y conversaciones mediante *podcasts* y las páginas web de «periodismo ciudadano». Incluyen a nuevas plataformas web para compartir fotografías (Flickr), obras de creación de todo tipo (Ourmedia.com), noticias de última hora (Publicnews.com) y marcadores de webs favoritas (del.icio.us). Wikipedia, una enciclopedia online abierta a todo aquel que quiera colaborar con ella, es una de las páginas más populares de la red, con 5,3 millones de visitantes al mes. Ha acumulado más de un millón de entradas e inspirado ediciones en más de sesenta idiomas.

Como las innovaciones en alta tecnología han fomentado el crecimiento de comunidades online —mientras que, por el contrario, las empresas han intentado cerrar bajo llave más contenidos mediante la encriptación y una mayor protección de los derechos de autor—, muchos científicos, académicos y comunidades de creadores acosados han empezado a observar el valor del modelo de los bienes comunes. Desde bibliotecas hasta investigadores en biotecnología y músicos, numerosos grupos están empezando a reconocer el valor de su propia producción entre pares y, como es comprensible, quieren fortalecerla y protegerla.

En cierto sentido, se trata del simple redescubrimiento de los fundamentos sociales que siempre han sustentado la ciencia, la investigación académica y la creación. La comunidad investigadora científica ha ensalzado durante largo tiempo el hecho de compartir el conocimiento, los

¹⁵ El *metatagging* y el software social fueron los principales temas del PC Forum de Esther Dyson de 2005, intensamente debatidos también en blogs de expertos en redes sociales como Howard Rheingold (www.smartmobs.com), Clay Shirky (www.shirky.com) y *Many 2 Many*, de Corante (<http://www.corante.com/many>).

recursos y el diálogo abierto y ha sancionado la investigación fraudulenta. Durante años, la academia ha florecido con la misma ética de apertura y de compartir entre los miembros de la comunidad autogobernada. La creatividad del *jazz*, del *blues* y del *hip-hop* siempre han hundido sus raíces en comunidades musicales y tradiciones intergeneracionales que han fomentado el préstamo, la emulación y la mención de las obras de otros artistas.

Pero en otro sentido, son las nuevas y alarmantes incursiones del mercado en estos ámbitos las que han despertado la conciencia de los bienes comunes¹⁶. Los clientes se están rebelando contra los elevados precios que las empresas están cobrando por las revistas académicas, los CD musicales y las bases de datos online. Objetan que los esquemas de «gestión de los derechos digitales» (DMR), que bloquean el contenido, restringen los derechos de uso legítimo por parte de los usuarios y constriñen el dominio público. Se oponen a la prolongación de los plazos de protección de los derechos de autor y a los intentos de anular la llamada «doctrina de la primera venta» (que permite a los compradores alquilar o prestar DVD, libros u otros productos). La gente se opone a las licencias *shrink-wrap* y *click-through*¹⁷ en los ámbitos del software y de las páginas web, respectivamente, que disminuyen su protección como consumidores y sus derechos legales.

En respuesta a estos hechos, muchas disciplinas académicas, universidades, sectores profesionales, creadores y comunidades de usuarios quieren reivindicar una mayor soberanía sobre los modos en que se elaboran y distribuyen sus obras. El desarrollo de sus propios bienes comunes de la información para evitar el sistema de mercado es tan atractivo técnicamente como viable financieramente¹⁸. Por ejemplo, numerosas disciplinas han adoptado principios de «acceso abierto» para la publicación académica como vía para garantizar un acceso y distribución más amplios de su producción editorial¹⁹. Los National Institutes of Health han procurado que

¹⁶ Véase, por ejemplo, Jennifer Washburn, *University Inc.: The Corporate Corruption of Higher Education*, Nueva York: Basic Books, 2005; Seth Shulman, *Trouble on the «Endless Frontier»: Science, Invention, and the Erosion of the Technological Commons*, Washington DC, New America Foundation and Public Knowledge, 2002; David Bollier, *Brand Name Bullies: The Quest to Own and Control Culture*, Nueva York, Wiley, 2005.

¹⁷ Licencias de acceso al software por las que los proveedores fijan unilateralmente las condiciones de uso. En el caso del modelo *click-through* (click de entrada), la denominación responde al hecho de que el usuario tiene que pulsar la opción de aceptación de los términos de la licencia para acceder al recurso. En el caso del modelo *shrink wrap*, el modelo se refiere a las licencias y términos supuestamente contractuales que el consumidor conoce y acepta cuando ha abierto el producto [N. del T.].

¹⁸ Véase, por ejemplo, *The Common Property Resource Digest*, núm. 72, marzo de 2005, accesible en <http://www.indiana.edu/~iascp/e-cpr.html>; David Bollier y Tim Watts, *Saving the Information Commons: A New Public Interest Agenda in Digital Media*, Washington DC, New America Foundation and Public Knowledge, 2002.

¹⁹ Una fuente autorizada para nuevas ideas en este ámbito es Open Access News, editado por Peter Suber, disponible en <http://www.earlham.edu/~peters/fos/fosblog.html>.

toda la investigación médica que financian sea de acceso abierto en el plazo de un año después su publicación en una revista comercial. (En 2005, los editores de publicaciones comerciales lograron rebajar la norma y que ésta fuera voluntaria.) Algunas universidades están creando «repositorios institucionales» para el archivado permanente de las ediciones preliminares, disertaciones, información de investigaciones, etcétera.

En la música, el cine y las artes visuales, millones de creadores han utilizado a escala internacional una de las seis principales licencias Creative Commons para comunicar al público que sus obras pueden ser compartidas con otras personas con fines no comerciales²⁰. Con frecuencia es difícil para los creadores utilizar el trabajo de otro artista por las dificultades de encontrar al titular de los derechos y negociar una licencia. Las licencias Creative Commons facilitan que se compartan y distribuyan obras que de otro modo sería imposible. Esas licencias —y una miríada de ambiciosos servicios de alojamiento de webs como YouTube.com, una página para compartir «contenido producido por los usuarios»— están revitalizando enormemente el flujo de información y creación.

El futuro de los bienes comunes

La gran virtud de los bienes comunes como escuela de pensamiento es su capacidad para expresar un modo de organización social de la vida que presenta una considerable autonomía creativa respecto al mercado o al Estado. Los bienes comunes reclaman la soberanía de esta actividad cultural. Designa una economía separada que funciona de manera complementaria al mercado y realiza su propio y significativo trabajo (a menudo, el más importante). Los bienes comunes no son un manifiesto, una ideología, una expresión de moda, sino más bien un marco flexible para expresar la rica productividad de las comunidades sociales amenazadas por los cercamientos del mercado.

La amplitud del interés por los bienes comunes está alcanzando nuevos niveles, lo que indica que satisfacen algunas necesidades prácticas de modos culturalmente atractivos. Ello permite que se articule un nuevo conjunto de valores en los debates sobre políticas públicas. Ofrece un vocabulario y herramientas útiles que contribuyen a que los diversos grupos de referencia reafirmen el control de los recursos comunitarios. Ayuda a poner nombre al fenómeno del cercamiento del mercado y a identificar mecanismos legales e institucionales para proteger los recursos compartidos.

²⁰ Puede encontrarse más información sobre las licencias Creative Commons en <http://www.creativecommons.org>.

Aunque los defensores de los bienes comunes a menudo diferencian la dinámica de los bienes comunes de las dinámicas del mercado, no creo que los bienes comunes y el mercado sean adversarios. Lo que se busca es lograr un equilibrio más equitativo entre ambos. Los mercados y los bienes comunes son sinérgicos. Se compenetran mutuamente y realizan tareas complementarias. Las empresas sólo pueden florecer si existen unos bienes comunes que permitan mantener el equilibrio entre propiedad privada y necesidades públicas (piénsese en carreteras, aceras y canales de comunicación). Privatícense los bienes comunes y empezarán a estrangularse el comercio, la competencia y la innovación, así como los medios para abordar las necesidades sociales y cívicas. Defender los bienes comunes es reconocer que las sociedades humanas tienen necesidades e identidades colectivas que el mercado no puede satisfacer por sí mismo.

El redescubrimiento de los bienes comunes en tantos y tan diversos ámbitos es un avance esperanzador. Insinúa los balbuceos de un nuevo movimiento en pro de una mayor compatibilidad entre los derechos de propiedad y los mercados y una serie más amplia de valores éticos, ambientales y democráticos. En un nivel más básico, el interés por los bienes comunes conduce a nuevos modelos prácticos para la gestión más eficaz y equitativa de los recursos.

Creo que el futuro de los bienes comunes dependerá, en gran medida, del diálogo dialéctico entre los profesionales que inventan nuevos mecanismos legales e institucionales para proteger los bienes comunes y los investigadores y pensadores que desarrollan los instrumentos intelectuales para promover una mejor comprensión, la innovación estratégica y la educación pública. Si la pasada década sirve de precedente, es probable que este diálogo produzca numerosos resultados saludables.